

SOCIEDAD "LUZ"

(Universidad Popular)

SUAREZ 1301 - BUENOS AIRES

Serie II. T. X N° 190

Educar al soberano
Domingo F. Sarmiento

ANGEL M. GIMENEZ

LA INQUISICION EN LA ESCUELA



Imprenta LA VANGUARDIA
1934

1934/61

AYER:

Quien bien te quiera te hará llorar.
La letra con sangre entra.
Más puede una paliza que un buen
sermón.

HOY:

Es prohibido a los directores, subdirectores o ayudantes de las escuelas públicas imponer a los alumnos castigos corporales y afrentosos. (Ley 1420. Art. 28, inc. 3).

Es con una fe sincera en el porvenir, que recogemos del pasado las enseñanzas que nos ofrece la historia, y en el caso particular de la enseñanza, con el cincuentenario de la ley de educación común, que el 8 de Julio se cumplirá.

Ley reglamentaria y minuciosa, se encuentran en ella con claridad y precisión, las ideas corrientes de la época en el mundo civilizado, y es en el fondo una ley de enseñanza laica, aun que en su texto sólo se hable de enseñanza gratuita y obligatoria.

Debatida ampliamente en el parlamento, pro-

mulgada y de inmediato puesta en vigencia, los años transcurridos han venido a demostrar los grandes beneficios que ha aportado al país en el orden político, económico y social, haciendo



El castigo de la regla

entrar a la Nación en un régimen de verdadera democracia institucional.

La aplicación de la ley exigió la formación de un personal capacitado, para lo que se había

hecho una preparación previa con la creación de las escuelas normales y la colaboración de las maestras norteamericanas que Sarmiento y más tarde Roca hicieron venir de los Estados Unidos.

El vuleo que se dió en 1884 fué grande, toda una renovación de planes, sistemas y hasta de hábitos y costumbres anacrónicos. No encuadra dentro de los límites de este artículo analizar lo que era la escuela antes de la ley y sólo nos ocuparemos de los castigos que se empleaban para



De rodillas sobre granos de maíz

reprimir las faltas de los niños, y al través de mis lecturas, no he encontrado para expresar esos tiempos pretéritos, nada mejor que el término: *la inquisición en la escuela*.

Pobre cosa eran las escuelas del coloniaje, las del Rey, que se preocupaban sólo de la educa-

ción de los niños de los que gobernaban, peninsulares o criollos, el resto vivía en las tinieblas de la más completa ignorancia: indígenas, negros o mestizos, salvo alguna precaria pero también privilegiada instrucción que se daba en los conventos, que era lo que más abundaba en aquellos tiempos.

Convertidas las escuelas del rey en escuelas de la patria, quedaron las pocas que había, en poder de los frailes, y unas y otras siguieron usando los viejos métodos, las brutales reprimendas.

A la ira de Dios, unían las amenazas, para lo que llevaban a los niños a ver los instrumentos de la Inquisición de Buenos Aires, que felizmente no condenó a nadie; instrumentos que la Asamblea del año XIII, dispuso fueran quemados en la plaza de Mayo por mano de verdugo. ¡La violencia era el sistema erigido para con los niños! Los historiadores de la época, tanto colonial como de la Independencia, nos lo describen con minuciosidad de detalles. Sarmiento nos cuenta:

“En Buenos Aires, capital del Virreinato hasta 1810, eran hasta entonces célebres las escuelas del padre Belermita, del viejo *Angerich*. En Córdoba, ciudad que se preciaba entonces de avanzada de estudios, Fray Pedro Alcántara, de horrible recuerdo para sus discipu-

los, tenía bajo su férula a los que más tarde habían de ser abogados y teólogos; en San Juan, el presbítero Torres, de las primeras familias, santo y blando varón si cabe, regenteaba la escuela del rey.



La pena de azotes. (Museo Pedagógico de Montevideo)

“En todas estas escuelas, el menor movimiento desordenado, un tintero caído por acaso, la voz alta, la lección algo mascada, un gesto, era bastante motivo para mandar un niño al rincón,

apoderarse de él cuatro niños robustos, desnudarlo, era la mitad de las tareas diarias de la escuela, pues los azotados eran por veintenas y sin tasa ni medida. Usábanse vergas de toro, disciplinas con púas de hierro y las paredes circunvecinas al lugar del suplicio estaban ennegrecidas con la sangre salpicada diariamente, años y años. Las escuelas estaban infectadas de olor a sangre, pues en cuanto a aseo, basta saber que en la del señor Argerich la basura se apilaba en los rincones por meses, hasta servir de pedestal para pararse sobre ella.

“Un castigo dado a un sujeto de Buenos Aires pondrá el colmo a este sistema. N., que ya ha muerto, acusado por el maestro Argerich de qué sé yo qué desaguizado, para dar más fuerza a su negativa, replicó, como suelen hacer los niños: “Por esta cruz de Dios que no he hecho tal cosa”. Salí, pícaro!, pícaro!, exclamó el maestro, fuera de sí, echándose sobre él, has jurado! Cocinero, tráeme el huevo! El cocinero conocía su deber: echó en la olla hirviendo un huevo, y cuando estuvo en sazón, lo envolvió en un trapo y lo trajo corriendo. ¡Era una ascua! El maestro, que tenía el niño asegurado entre sus piernas, le apretó la garganta para que abriese la boca y entrándole el huevo, el cocinero apretaba las mandíbulas del niño para que no pudiese abrir la boca hasta producido el efecto.

El infeliz arrojó el huevo con el pellejo de la boca y paladar cocidos. Este acto de barbarie dejó para siempre aleccionado al niño; pero no

motivó reclamo alguno de sus padres, que habrían creído deshonorarse quejándose de acto ninguno del maestro. Dábanse a veces quinientos azotes por día.

“En Córdoba, lo sabemos esto por personas respetables, cuando el fraile entraba a la escuela, enarbolaba el chicote que no se separaba jamás de sus manos, y principiando por un extremo, concluía por el otro, descargando zurriagazos por la cabeza, por los hombros, los ojos,



El castigo del buche de agua

por donde cayese y a quien le tocase, limitándose los niños a levantar los brazos para guarecerse o escapar el bulto si podían. Todo esto sencillamente para decirles:

“—Estésen con juicio.

“Cuando quería dar la orden de leer, a gritos, como era la gala de entonces, principiaba la azo-

taina para los que estaban más cerca y la continuaba a su paso, diciendo:

“—Lean, griten más alto, ¡más!

“Esta era la moral y la disciplina de la escuela, y todos nuestros padres han sido ense-



Las orejas de burro

ñados así, víctimas de tratamientos brutales, que confundían toda idea de justicia, de graduación, de equidad. Azotados por hablar, azotados por callar, azotados por hallarse cerca, azotados por cualquier accidente que ocurría al maestro fuera de la escuela. El maestro mismo

se complacía en anunciar a sus discípulos por un gorro puesto al revés, u otro signo siniestro, que ese día estaba de mal humor y lloverían azotes, bofetadas, puntapiés y malos tratamientos sobre todos sin distinción. La arbitrariedad, el capricho eran así anunciados por carteles; réstalos sólo añadir que las orejas de los niños estaban de continuo desgarradas a fuerza de tirones, no alcanzando a cicatrizar la herida antes que se abriera otra nueva.”

En otra parte, Sarmiento nos cuenta que el canónigo Castro Barros, “fué el terror de sus alumnos y, una vez encendida su saña, no conocía límites aquella terrible cólera, suscitada acaso por un exquisito sentimiento del bien o por exagerada idea de su autoridad. Créese generalmente que un sobrino suyo, Mendoza, quedó desde entonces imbécil, en fuerza de los golpes dados por su tío y maestro, el Dr. Castro Barros”.

Juan P. Ramos nos habla de aquel maestro que en el fondo de la casa, en el chiquero de los cerdos, hacía subir al niño a una especie de cruz, a dos metros del suelo, y le echaba los perros.

El mismo autor nos refiere que en una nota de aquellos tiempos, un maestro de una escuela de Jujuy, comunicaba al gobierno: “Necesito para la escuela un cepo; si el gobierno juzgara conveniente hacerlo hacer, costearé de mi parte

las argollas y el candado que se necesitan para tenerlo corriente" y hasta se usaban lazos para alcanzar a los alumnos.

En la República Oriental del Uruguay, en el Museo Pedagógico de Montevideo, se conservan dibujos de los mismos tiempos, de los que reproducimos los principales.

La palmeta era de madera dura, aunque también se hacía de cuero crudo, preferidas por ser más flexibles, llevando todas pequeños agujeros que provocaban más dolor y levantaban ampollas en los sitios donde golpeaban.

Había el látigo con ramas de cuerdas o tientos con nudos en las extremidades, que se dejaba caer sobre cualquier parte del cuerpo. Generalmente el niño, con los calzones caídos, a babuchas de otro alumno más fuerte, recibía



Por mal hablada, lengua de trapo

el castigo. En otros casos el niño, apoyado con un dedo en el suelo y una pierna levantada, al grito de dedo en tierra recibía los azotes.

Otras veces era la obligación de poner los dedos juntos y recibían el palmetazo o reglazo en las articulaciones de las falanges o en las extremidades de los dedos.

Se simplificaba a veces el instrumental de tortura con un vulgar rebenque o arriador o una varilla de membrillo.

Habían maestros más refinados en sus instintos brutales que hacían poner de rodillas sobre granos de maíz o garbanzos; los que colocaban una lapicera o regla a modo de mordaza, debiendo estar con los brazos cruzados en la espalda; los que debían tener la boca llena con un buche de agua, con la prohibición de tragarlo o expelerlo. A éstos se unían los castigos afrentosos humillantes, como el de colocarle una especie de gorra con largas orejas de burro, que a veces lo hacían más humillante colocándolo en la calle, en la esquina de la escuela con una escoba como fusil.

Si esto se hacía con los varones, con las niñas no eran mejores; a los pellizcos, los tirones de los moños, los pinchazos con alfileres o los cañasos, que desde su pupitre daba a la alumna incorrecta, y se agregaba el cuarto obscuro, y a falta de éste, la encerrona en las letrinas.

A todo esto se agregaban otras afrentas: la lengua de trapo, los brazos en cruz, o el plañtón con un letrero infamante colgado al cuello. Horroriza pensar en todo esto, y en lo que en el mundo civilizado se ha empleado, como en Francia al ocuparse de las congregaciones religiosas y en los horrores del Buen Pastor.

A pesar de los años y de la cultura creciente de



Amordazado

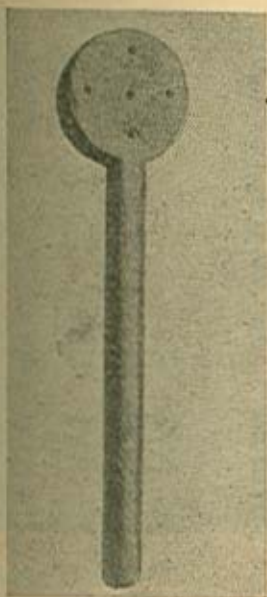
tiempo en tiempo trasciende a través de la prensa diaria hechos inauditos. Hace algunos años, en un reformatorio de menores que existía en lo que es hoy cárcel de encausados, dirigido por un fraile, se descubrieron unos cajones como de muertos pintados de negro, y con una rejilla pequeña en los que eran encerrados los niños, durante una o más horas! Y últimamente se des-

cubrieron procedimientos inquisitoriales y cas-

tigos corporales de una crueldad y refinamiento inauditos en la Colonia de Olivera.

• • •

La histórica ley de 1884, ley de justicia, redentora de las reivindicaciones de los niños, humanizó la escuela, buscó hacerla una prolonga-



La palmeta del maestro de escuela de Soriano

ción del hogar, haciéndola atrayente y agradable, encontrando el niño en su maestro, no al terrorífico fantasma, la bruja de las leyendas de

hadas, sino a su compañero, su consejero, su guía.

Los hombres que redactaron la ley del 84 supieron desentrañar de la observación y de la práctica diaria, más que de la erudición de los libros, todo eso que hoy la psicología en su



Dedo en tierra.

los peligros de los castigos y de las impresiones morales de la infancia sobre el porvenir del individuo. Y en las cláusulas sencillas del artículo 28, inc. 3º, se sintetizaba todo un nuevo sistema de múltiples aplicaciones constata, demostrando

tema al prohibir los castigos corporales y afrentosos en las escuelas.

Sarmiento, a quien se deben no sólo las bases de la ley, sino que fué su animador hasta conseguir sacarla triunfante, en sus múltiples sugerencias y consejos inspirados en la observación personal y la influencia espiritual que so-



Las tres palmetas

bre él ejercieron Horacio Mann y los hermanos Emerson, transcribía un pensamiento sintético de Horacio Mann, que interpreta el sentir del artículo nuevo.

“La verdadera sabiduría en el gobierno de la escuela consiste en prevenir más bien que en castigar las ofensas; en cultivar los mejores

sentimientos de nuestra naturaleza: sinceridad, generosidad, bondad y respeto a sí mismo. Las mujeres son preeminentemente predispuestas para ejercer estas influencias. Maneras suaves con una voz dulce y simpática, ejercen un peculiar dominio aun sobre los jóvenes más groseros. Hay un poder latente en el rostro del maestro, que brilla con amor de los alumnos y entusiasmo por su noble causa."

Bien pues; cincuenta años de vigencia y de aplicación diaria de la ley han venido a demostrar su bondad; ha abierto un campo inmenso de actividad útil principalmente a las mujeres, que en su función docente corresponde a ellas el valor completo de esta victoria, porque han sabido cumplir con su misión civilizadora, faro en el desierto de la ignorancia, y formadoras de la nueva generación que inspirada en las ideas republicanas, democráticas y liberales del pasado y del presente, con las verdades de la ciencia y del trabajo orientarán el pensamiento de la humanidad hacia un mundo mejor.

El decreto de la histórica asamblea del 9 de octubre de 1813, aboliendo la bárbara práctica de los azotes en las escuelas, pudo recién ser una realidad con la ley del 84, y esto bastaría para justificar la conmemoración del cincuentenario, si no fuera que además salvó también a los niños argentinos de los traumatismos men-

tales, para lo que libraron dura batalla los parlamentarios de la época, evitando que cayeran en manos mercenarias, para plasmar gerferaciones de esclavos, dignos del Vaticano, pero no para la libertad.